

y les dió la comunión, amenazándoles con la muerte si habían jurado en falso; pero al volver Lotario murió en Placencia (869), y este prematuro fin pareció castigo del perjurio (28).

Aunque el papa intimó á los loreneses que se sometieran á Luis II bajo pena de excomunión, no tuvo validez este decreto, y la sucesión de Lotario fué disputada entre sus hermanos y Carlos el Calvo, quien al fin se apoderó de ella. Así obtuvo la corona imperial cuando la descendencia del primogénito de Luis el Pio quedó estinguida.

El reino de Carlomagno queda desde ahora completamente separado en tres Estados; la Francia, la Alemania y la Italia; y así como á la caída de Napoleón (el paralelo es algo frecuente entre dos grandes hombres), recuperaron su indepen-

(28) Volveremos á hablar de lo mismo en otra parte.

dencia las naciones ó concibieron la esperanza de recuperarla, del mismo modo los pueblos contemporáneos de Carlomagno se vieron con júbilo dueños de una existencia propia. Este desmembramiento no podía ser deplorado más que por aquellos que aman los vastos Estados, y que por interés ó por sistema permanecen adictos á lo pasado y reputan por anarquía la disolución de las grandes monarquías. Una repugnancia mútua entre las razas asociadas y no fundidas, separó á los pueblos, aunque no los fraccionó. Algunos de los principales vinieron á ser centro para los otros, y al sistema personal, dominante desde el advenimiento de Carlomagno, sucedió la unidad territorial. Sin embargo, los barones se agitan por todas partes para conquistar la independencia: muestrense nuevos bárbaros por todos lados, y sobresale en medio de todo el poder papal. Hechos son estos que nos cumple examinar separadamente.

CAPÍTULO II

LOS CARLOVINGIOS EN FRANCIA.—840-888.

Con Carlos el Calvo empieza la serie de reyes de Francia segun la significacion actual de este título (840). Este príncipe unió á una grande ambición en sus empresas una absoluta incapacidad para dirigirlos. Cobarde en la sumisión, niño en la resistencia, débil en las manos del clero, nulo cuando de él se separa, su reinado es perturbado de continuo por incursiones exteriores y por discordias intestinas. Adelantáronse los normandos hasta Nantes y hasta Burdeos, apoderándose de estos puntos; amenazaron á París y se ofrecieron en calidad de auxiliares á Pepino II. Despojado este príncipe al celebrarse el tratado de Verdun, había recorrido á las armas, fué auxiliado por Sancho Sanchon, duque de los gascones, quien se había hecho independiente en Navarra, y por aquel Bernardo, duque de Septimania, que, después de haber sido causa de los precedentes disturbios, se armaba á instigación de Abd el-Rahman II en contra de un rey que pasaba por ser su hijo. Sea como quiera, Carlos le sorprendió y mandó que se le condenara á muerte. Pepino obtuvo conservar la Septimania, gran parte de la Aquitania, y una independencia velada apenas por el homenaje. Pero como no podía permanecer en reposo, Carlos invitó á sus hermanos á que secundaran sus esfuerzos y le arrojó más allá de los Pirineos. No bien se había alejado Carlos, tornó á aparecer y á hacerse dueño del país Pepino, auxiliado por los sajones, por los árabes y por los normandos, con los cuales había celebrado alianza; y hasta se decía que había renegado de Cristo y jurado sobre un caballo por el nombre de Wodan. Indignados los aquitanios se sublevaron en contra de su causa y le entregaron á Carlos, quien mandó que se le tonsurara y encerrara en el monasterio de San Medardo de Soissons (852).

A fin de no caer otra vez bajo el yugo de extran-

jeros, pidieron los aquitanios por rey á Luis, hijo del rey de Germania: habiéndose escapado posteriormente Pepino del cláustro, reanimó el ardor de sus parciales: Carlos presentó también á su hijo en calidad de tercer pretendiente; y durante el transcurso de diez años, las fuerzas y los votos de los aquitanios estuvieron divididos entre estos tres príncipes, apoyados por aliados tan temibles para los amigos como para el enemigo. Por último, prisionero Pepino nuevamente (864), y juzgado como traidor á su fe y á su patria, fué encerrado en el monasterio de Selins, y la corona de Aquitania quedó conferida á los hijos de Carlos el Calvo; pero su autoridad estuvo poco asegurada en medio de aquellos condes de Poitiers, de Tolosa, de Barcelona, quienes aspiraban á una existencia independiente.

Bretaña.—También se agitaban los bretones bajo la autoridad de su duque Nomenoe, que queriendo conservar en la paz las posesiones que había adquirido durante la guerra, favoreció las rebeliones de los demás (815). Después de haberse apoderado de Rennes, Angers, Mans, y de haber vencido á Carlos, pensó en coronarse rey, y se dirigió con este objeto al papa Leon IV, quien le autorizó tan solo para ceñir sus sienes con el aro de oro, segun el uso de los duques. Descontento de proceder semejante, se declaró hostil al clero, separó su provincia de la iglesia de Tours (844), y se puso á guerrear con el mayor ardimiento, si bien la muerte le detuvo en Vendome. Sus hijos Erispoe y Salomon tuvieron el título de reyes; pero á su muerte Carlos abolió nuevamente este reino (851).

Entretanto, en lo interior cada barón aspiraba á figurar como un pequeño rey, sin cuidarse de asistir á la corte, donde se veía, en vez de neustrianos, aquitanios y longobardos, y de resultas se aumentaba el poder del clero. Los principales propieta-

rios eran los monasterios (1), en torno de los cuales se formaban aldeas y caseríos: las sillas episcopales daban lustre á las ciudades; así los ojos se fijaban más bien en Reims al Norte, y en Lion al Mediodía, que en Laon, cuyas alturas había hecho escoger para residencia de los reyes el temor de nuevas incursiones normandas. Habían representado los obispos y los monjes el principal papel en las discordias fratricidas: habían dirigido las asambleas y los tratados, en los cuales se halla siempre alguna estipulación para los conventos y se inculca el deber de proteger á las viudas y á los huérfanos; poder adquirido sin el socorro de las armas, y que se aumentaba de día en día, porque solo el clero ofrecía una idea de orden en medio del general trastorno.

De consiguiente, menos por devoción especial que por la fuerza de las circunstancias, abandonó Carlos una parte de la autoridad temporal á los obispos. Confió á los sacerdotes un derecho de inquisición contra los malhechores (2), á quienes debieron hacer comparecer delante de los obispos en caso de reincidencia. Recomendaba á estos el cuidado de moralizar á los bandidos que infestaban el reino, y de fulminar sobre ellos anatemas si persistían en sus desmanes: ordenaba el empleo de las reliquias y de los juramentos contra los ladrones. En suma, la autoridad real no contaba con más socorro que el de la eclesiástica; los obispos impidieron, en efecto, más de una vez la injusticia y la guerra, y colocados entre la monarquía que se acercaba á su fin, el feudalismo que se iba aumentando, y el papado, cuyo engrandecimiento era visible, sostuvieron á los reyes.

Hincmar, 806-82.—Nacido en la Francia Septentrional, y sacado del monasterio de San Dionisio por Luis el Pio, para que atendiese con él á la reforma de los monasterios, y desempeñase á su lado las funciones ejercidas en las cortes por los religiosos, había contribuido á la elevación de Carlos, quien le nombró arzobispo de Reims, cuya sede ocupó treinta y nueve años. Asistió á treinta y nueve concilios, presidiendo la mayor parte de ellos; escribió una infinidad de cartas á los principales personajes de aquel tiempo, y nos ha dejado setenta obras, además de las que han perecido. No se mostró servil hacia los Carlovingsios en la

(1) Vandergisilo, conde de los gascones, hace donación á la iglesia de Alaon de todos los bienes pertenecientes á su familia en el canton de Tolosa, Agenés, Quercy, Arlés, Periguenx, Saintonge, Poitú; es decir, la tercera parte de la Francia. La abadía de San Riquier poseía la ciudad de este nombre con otras trece, treinta aldeas é innumerables granjas. Las ofrendas hechas cada año sobre el sepulcro de este santo, ascendían á muy cerca de dos millones. *Acta Ss. ordinis S. Bened. sect. IV, pág. 104.*

(2) *Ut unusquisque presbyter imbrevit in sua parochia omnes malefactores, et eos extra ecclesiam faciat... Si se emendare noluerint, ad episcopi presentiam perducantur.* Capit. C. Calvi, in *Script. Rev. Franc.*, VII, 630.

época de su poderío, ni arrogante con ellos cuando fueron desventurados. Dotado de un vivo entendimiento práctico, se guardaba de sacrificar á una lógica rigurosa la posibilidad de las aplicaciones y las cosas del momento; así dió consejos que hubieran podido estorbar que se desmoronara la monarquía. Frecuentemente se le ha comparado á Bossuet por su condescendencia sin vileza hacia los reyes, y por su oposición sin cisma hacia los papas. Así como el obispo de Meaux escribió la *Póltica sagrada*, Hincmar compuso un libro *De la persona real y del ministro*, para explicar á Carlos el Calvo el versículo siguiente: *Interrogaré á los príncipes sobre mi ley*. Bossuet admite que *Dios forma á los príncipes guerreros*, é Hincmar conduce el cristianismo á justificar las guerras, acomodándose ambos al carácter belicoso de sus reyes y de su siglo. Estaban enervados los Carlovingsios, y por este motivo Hincmar modera su clemencia, recordándoles que Dios no perdonó ni á su propio hijo; á la par que Bossuet, bajo un rey que se irrita en presencia de los obstáculos, ensalza hasta las nubes la clemencia, *alegría del género humano y gloria de un príncipe*. Hincmar supo resistir también enérgicamente á los reyes que pretendían dar los obispados y querían que se sometieran á ellos las iglesias. Adicto al emperador Lotario el obispo de Lorena, había sostenido que el rey no dependía más que de Dios y que los obispos no podían escomulgarle; é Hincmar impugna esta «palabra no propia de un católico, sino de un blasfemo, lleno del espíritu del demonio. Habiendo pecado David, rey y profeta, fué reconvenido por Natan, inferior suyo, y supo que era hombre, pero logró salvarse en virtud de una rigurosa penitencia. Saul aprendió de boca de Samuel que había caído del trono. La autoridad apostólica prescribe á los reyes prestar obediencia á los que son superiores á ellos en el Señor.» Llega hasta el punto de atacar la autoridad real en su base, que es la sucesión hereditaria, diciendo: «Ciertamente la nobleza paternal no basta para asegurar los sufragios del pueblo á los hijos de los príncipes, cuando los vicios han superado á los privilegios naturales; y el delincuente queda privado entonces, no solo de la dignidad de su padre, sino también de la libertad.»

Poder de los obispos.—Con esta altanería se dirigían los obispos á los reyes. Así Hincmar se encaminó al frente de una diputación del clero, cerca de Luis de Baviera, á fin de disuadirle del propósito de ocupar la Neustria, y de ofrecer el perdón al invasor armado, á condición de que haría penitencia por los males que había causado al reino. El relato que á su regreso hicieron los obispos al concilio, es una singular revelación del poder eclesiástico: «El rey Luis nos dió audiencia en Worms el día 4 de junio, y nos dijo: *Os ruego que me perdoneis si os he ofendido, á fin de que os hable con seguridad*. Hincmar, que se había colocado el primero á su derecha, le respondió: *Si es así, pronto concluiremos nuestro mensaje, pues ca-*

balmente venimos á ofrecer el perdón que nos pedís. Habiendo presentado Grimoaldo, capellan del rey, y el obispo Teodorico algunas observaciones á Hincmar, repuso éste: *Nada habeis hecho en contra mia que haya dejado en mi alma un resentimiento condenable: de otra manera no me atreveria á acercarme al altar para ofrecer el sacrificio al Señor*. Teodorico añadió: *Proceded, pues, como el señor rey os lo ruega y perdonadle*. Hincmar dijo entonces: *En cuanto á mí y á mi propia persona, os he perdonado y os perdono. Pero en lo concerniente á las ofensas contra la Iglesia que me está confiada y contra mi pueblo, no puedo hacer otra cosa que daros consejos y ofrecer el socorro de Dios, á fin de que alcanceis su absolución, si tal es vuestro anhelo*. Y exclamaron los obispos: *Decis bien*: y hallándose de acuerdo todos nuestros hermanos en esto, solo esta indulgencia le fué otorgada, y nada más. Porque aguardábamos á que nos pidiera consejos sobre la salvación que le era ofrecida, y entonces le hubiéramos insinuado la regla de su conducta, según el tenor del escrito que se nos había entregado; pero nos respondió desde su trono que no trataría del asunto referente al escrito mencionado antes de haber consultado á sus obispos.»

Cuando Carlos el Calvo presentó querrela ante el concilio de Toul contra Wenilon, que después de haber sido nombrado por él para el obispado de Sens, se había hecho su adversario para favorecer á Luis el Germánico, el rey se expresó en esta forma: «Por su elección y la de los demás obispos fieles de nuestro reino que expresaron con aclamaciones su consentimiento, Wenilon, en Santa Cruz de Orleans, en su diócesis, en presencia de los demás arzobispos y obispos, me ha consagrado rey, según la tradición eclesiástica, y al llamarme á reinar, me ha ungido con el santo crisma, me ha entregado la diadema y el cetro real, y me ha hecho subir al trono. Después de esta consagración, no podía yo ser derrocado de tan alto puesto, ni suplantado por nadie, á lo menos sin haber sido oído y juzgado por los obispos, por cuyo ministerio he sido consagrado rey, y que han sido denominados los tronos de Dios. Dios descansa sobre ellos, y por ellos pronuncia sus juicios; siempre he estado, y estoy ahora todavía, pronto á someterme á sus correcciones paternales y al castigo que nos impongan sus fallos.» (3)

¿Cabe en lo posible confesar en términos más humildes la supremacía que el derecho público de entonces atribuía á la autoridad eclesiástica sobre el poder seglar? En efecto, los obispos concurrían con los magnates á elegir el rey y á imponerle la constitución; si la violaba, le tenían por caído; si

(3) BALUCIO, Capit. del año 859, pág. 127. Hincmar escribía á Luis III: *Ego cum collegis meis ac ceteris Dei ac progenitorum vestrorum fidelibus, vos elegi ad regimen regni, sub conditione debitas leges servandi*. HINCMMARI, II, 198.

la observaba, le asistían con sus consejos, con hombres y con dinero.

Pero eran impotentes por su educación y por su ministerio para refrenar las incursiones enemigas; y el mismo Hincmar se lo declaraba así al papa: «El pueblo se queja de nosotros y dice: defended con vuestras oraciones el reino contra los normandos y los demás invasores sin mezclarlos en nuestra defensa, y si para esto quereis nuestro brazo, haced que el papa nos de un rey capaz de protejerlos contra los paganos.» (4)

De consiguiente, el clero se declara no menos incapaz que el rey de hacer frente á inminentes peligros. Así se advierte en los movimientos de cada uno el desaliento que nace de la disparidad entre el objeto y los medios de conseguirlo. Cuando murió Lotario II (869), queriendo los loreneses un jefe más en disposición de repeler á los normandos, pidieron para que les gobernara á Carlos, que, teniendo además en su favor el testamento de Luis el Pio, fué proclamado por los obispos rey de Lotaringia.

Tratado de Mersen, 9 agosto de 870.—Luis el Germánico consintió en una división en que tocó á Carlos la parte occidental y meridional, donde se hallaban Leon, Besanzon, Vienne, Viviers, Uzés, Toul, Verdun y Cambrai, pero su ambición le hizo invadir la Provenza; y habiendo ocupado toda la provincia vienesa la dió en mando á Boson, su chambelán, abad de San Mauricio, en el Vales, reservado á mayores honores.

Cuando el papa invitó á los magnates á reclamar la Lorena para el legítimo heredero, Hincmar dirigió al pontífice una carta que fué considerada como el primer fundamento de las llamadas *libertades galicanas*. Y habiendo llamado el mismo pontífice, ante su tribunal, á un obispo ya condenado por un concilio, Hincmar le respondió en nombre de Carlos: «Pues qué, ¿se ha oído jamás decir que un rey debiese enviar á Roma á un hombre juzgado legalmente? Rey de Francia y vástago de sangre real, no soy considerado como vicario de los obispos sino como soberano de esta tierra. San Leon y el concilio de Roma han escrito que los reyes establecidos por Dios para mandar en la tierra, han concedido á los obispos regular los negocios según los decretos soberanos: con mayor razón todavía tampoco son arrendatarios de los obispos.» (5)

Carlos el Calvo emperador, 875.—Adriano II apaciguó en Carlos estos arranques de firmeza con palabras conciliadoras, y prometiéndole el imperio si sobrevivía á Luis, lo cual aconteció efectivamente. Carlos el Calvo pasó entonces los Alpes, y como Carlomagno recibió en Roma la corona imperial el día de Navidad, y luego á su regreso la del reino de Italia.

(4) HINCMMARI, Epist. ann. 870, R. Fr., VII, 340.

(5) Epist. del 871, id., II, pág. 701.

Vuelto a Francia hizo sancionar por su clero estos nuevos honores. Menospreciando a la sazón, por un pueril orgullo, los usos, el estilo de vestir y la lengua de los francos, se presentaba en la iglesia en los días festivos con la dalmática, un cinturón que caía hasta los pies, y la cabeza envuelta en seda y adornada con la diadema (6). También Carlos aspiró a estender hasta el Rhin su reino, si bien Luis, hijo del difunto, se adelantó en contra suya con las armas en la mano. Manifestóse en su favor el juicio de Dios en las pruebas del hierro, del agua hirviendo y de la cruz; pero más todavía en la victoria de Andernach (876).

Habiendo comprado Carlos vilmente la paz de los normandos al precio de 5,000 libras de oro, y la fidelidad dudosa de los barones con ayuda de privilegios, había traspuesto los Alpes, cuando supo que Carloman, su sobrino, se adelantaba a la cabeza de los bávaros y de los eslavos. Entonces se decidió a retroceder ó huir; pero murió al pie del monte Cenís (6 octubre de 877); y Luis el Tartamudo, que reinaba hacia diez años en Aquitania, de que había sido despojado otro rebelde hermano, sucedió a su padre (7).

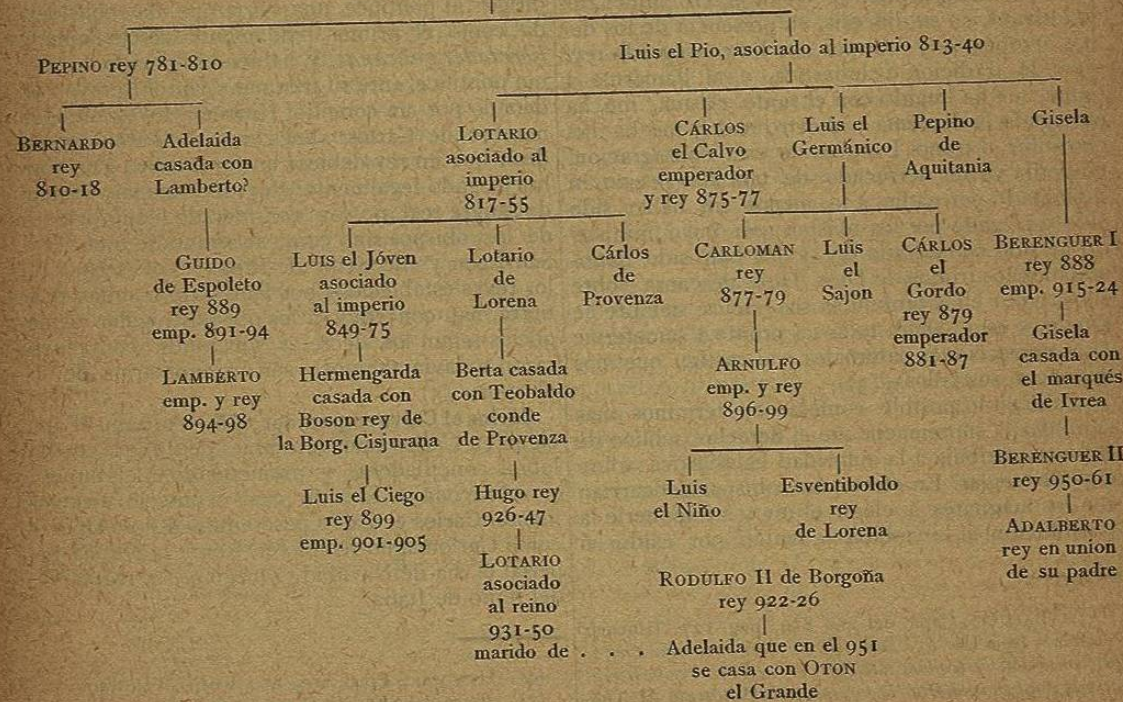
La misma fatalidad que había empujado a los Merovingios a guerras fratricidas, parecía pesar sobre los Carolingios, cuya historia es un tejido de traiciones y de combates entre deudos. A la muerte de cada príncipe se suscitan disputas sobre sucesión; á veces llaman los grandes al trono á un extraño ó á uno de sus pares, que poco después deja el campo libre á otros pretendientes. La época no podía ser más favorable á los señores para ayudarles á emanciparse de la dominación de los reyes, que impotentes para reprimirlos, se veían reducidos á halagarlos.

Luis el Tartamudo.—Luis el Tartamudo distribuyó á sus amigos abadías, condados, beneficios, tanto para recompensarlos, como para formar un contrapeso respecto de los grandes señores de las provincias; pero descontentos estos formaron una liga en Avernay. Encerrado el rey en el palacio de Compiègne tuvo entonces que estender ó confirmar sus franquicias, prometer gran parte de los dominios reales, así como abadías en encomienda; y acabaron por consentir en que fuera coronado. El nuevo rey reconoció en esta solemnidad la elección popular, espresándose de este modo: «Yo

(6) *Ann. fuld. Rer. Fr.*, VII, 131. Baluzio, *Notas á las Capitulares*, pág. 1280, trae algunas antiguas efigies de los reyes francos. Entre su número se cuenta la de Carlos el Calvo: está sobre el trono real con la corona de oro de cuatro florecillas, y cuyo círculo está adornado de perlas y de piedras preciosas: de ella salen por encima de las orejas dos ramas terminando en flores que se repliegan en rededor de la cabeza y caen á modo de cintas.

(7)

Emperadores y reyes de Italia.
CARLOMAGNO emperador 800-814.



Luis, constituido rey por la misericordia de Dios y por la elección del pueblo, prometo, delante de la Iglesia y delante de todas las clases del Estado, observar completamente las leyes y reglamentos dados por nuestros padres á los pueblos, cuyo gobierno me está confiado, según el consejo comun de mis fieles y los decretos inviolables de mis predecesores.»

Los disturbios interiores, en medio de los cuales murió, le impidieron aspirar á la corona imperial. Una facción declaró indignos de reinar á Luis III y á Carloman, sus hijos (879), como nacidos de una madre repudiada, y llamó á sucederle á Luis rey de Sajonia, quien recibió en Verdun el homenaje de los magnates. Pero Boson, cuñado de Carlos el Calvo, y el abate Hugo, hicieron ungir á los príncipes y ofrecer toda la Lorena al sajón, quien, satisfecho, volvió á sus Estados, donde le ayudó á repeler á los normandos y asegurar sus dominios el ejército que había puesto en pié de guerra.

Peró Boson había trabajado para sí, no para sus pupilos. Aspiraba al título de rey de la Borgoña Cisjurana, que gobernaba en calidad de duque. Ofreciéronsele los obispos, dándole gracias por haber admitido la tutela del pueblo y de la Iglesia. Consagrado en Lion, su nuevo reino, que comprendía la Provenza, el Delfinado, el Lionés, el Vivarés, el país de Uzés, y el Franco Condado, contó para consolidarse, además del apoyo del papa Juan VIII, su padre adoptivo, con su habilidad y su propio denuedo.

Habiendo derrotado los dos reyes de Francia á los normandos cerca de Fontevrault y de Saucourt (8), robustecido la vacilante fe de sus vasallos, y rechazado á Luis de Sajonia, que había querido hacer valer nuevamente sus pretensiones, se dividieron el reino, viviendo entre sí en buena inteligencia, así como con los reyes alemanes. Se ocuparon en reprimir las usurpaciones de los magnates y en recuperar los dominios reales. Pero en breve murió Luis de una caída de caballo (882), habiéndose roto la cabeza al perseguir una doncella.

Carloman abandonó el asedio de Vienne para recoger la herencia de su hermano (884). Humilló á Boson y contuvo á los normandos; pero también tardó poco en sorprenderle la muerte. Hubiera debido volver la corona á Carlos, hijo póstumo de Luis el Tartamudo: pero en la necesidad en que estaba el reino de un defensor valiente, se la ofrecieron los magnates á Carlos el Gordo, ya rey de Germania, de Baviera, de Lorena, de Sajonia, de

Lombardia, y emperador. De esta suerte se halló reunida la herencia de Carlomagno en las manos de este príncipe, cuya ineptitud hubiera tenido muy bastante con una sola corona. Después de haber comprado vilmente la paz de los normandos del Mosela, haciéndose su tributario, casó á Gisela, hija de Lotario II, con Godofredo, su jefe, á quien hizo asesinar luego. Resultó de aquí que sus compañeros se unieron á los normandos del Sena para atacar á Paris (866). Carlos marchó contra ellos; pero abandonado por sus vasallos, compró su retirada á costa de dinero, permitiéndole á aquellos talar la Borgoña. Tanta cobardía puso en relieve la generosa resistencia opuesta al enemigo por Eudes, conde de Paris. Y mientras que esta conducta le enagenaba la voluntad del pueblo, los eclesiásticos se declaraban también contra él, porque les había obligado á contribuir para el rescate pagado á Godofredo. Tan lejos llegó el descontento, que en la dieta de Tribur (887) fué depuesto como emperador, y aunque le quedaban Francia é Italia, vivió impotente y menospreciado. Se deshonró hasta en lo interior de su casa, acusando al obispo Liutardo de adulterio con su esposa, que se justificó jurando, no solo que era casta, sino que no la había tocado su esposo.

Sus mismos panegiristas no hallan otra cosa que admirar en él sino su resignación en los reveses que afligieron el fin de su reinado. «Era un espectáculo lastimoso y útil para demostrar la nada de las cosas humanas, ver á aquel Carlos, sobre quien la fortuna había amontonado sin combates ni peligros tantos reinos, que no cedia á ningún monarca, después de Carlomagno, en dignidad, poder y riqueza, presentado por la suerte como vivo ejemplo de la fragilidad humana, quitándole de repente y con ignominia las prosperidades con que le había colmado sin tasa. Caido desde el trono en la indigencia, reducido á proveer á sus necesidades cada día, suplicó á Arnulfo que le concediera con qué vivir, y obtuvo algunas rentas en Alemania para su sustento. Carlos murió algunos días antes de los idus de enero (888), y fué sepultado en el monasterio de Reichenau. Príncipe cristianísimo, temeroso de Dios, y guardando en el fondo de su corazón los mandamientos de la Iglesia, fué liberal en limosnas, y ocupóse de continuo en oraciones y salmos: por eso todo aconteció según su deseo. Despojado después de todos sus bienes, soportó esta prueba con resignación para merecer la inmortal corona» (9).

Entonces fué desmenbrado definitivamente el reino de Carlomagno, y los francos-alemanes quedaron divididos de los francos-latinos (10). La esterilidad de ocho reyes y el fin rápido de seis, había

(8) Nos ha sido conservado el canto en que se celebró esta victoria de Luis III.

*Einen Kunig weit ich
Heisset herr Ludwig,
Der gerne Gott dienet, etc.*

Por consiguiente se hablaba alemán al norte del Somma.

(9) *Annales Metens*, Rer. Fr., VIII, 67.

(10) *Hic divisio facta est inter fealones-francos et Latinon Francos*. Cron. regn. franc. Rer. Fran., VIII, 231.

impedido hasta entonces entre los Carlovíngios la división proclamada en Verdun. Pero esta vez todas las naciones que habían obedecido á Carlomagno eligieron reyes nacionales, sin miramiento alguno hacia los descendientes de este monarca. El título de emperador fué disputado entre Guido, duque de Espoleto, y Berenguer, duque de Friul. Eudes, conde de París, fué elevado al trono de Francia, y reconocido por los obispos, así como por Arnulfo, rey de Germania, á condicion, no obstante, de que se reconociera su vasallo.

De consiguiente, este poder tan formidable apenas hacia medio siglo habia bajado considerablemente. Los contemporáneos, que se lamentaban de esta rápida decadencia, consideraban la época precedente, no solo como heroica, sino tambien como prodigiosa; y entonces fué cuando se empezaron á acumular sobre Carlomagno y sus paladines aquel lujo de ficciones, como si se hubiera querido estimular con su ejemplo la indolencia de sus sucesores. El monje de San Galo contaba á Carlos el Gordo, que Pepino de Heristal habia derribado la cabeza de un leon de un solo tajo, y que Carlomagno habia estermiado en Sajonia todo lo que superaba la altura de su espada; que sus soldados enristaban siete, ocho y hasta nueve bárbaros en su lanza, cual si fueran ranas (11); que Luis el Pio rompía por via de diversion las espadas de los normandos: añadia, que habiendo enviado Carlomagno un mensajero cerca de uno de sus hijos encendido en un monasterio para preguntarle cómo convenia gobernar al Estado. éste por toda respuesta se puso á arrancar las ortigas y las malas yerbas.

Pero la leccion del monje de San Galo era tardia. Ya las malas yerbas habian echado raices capaces de sofocar la régia planta, al pié de la cual habian tenido su nacimiento. Cada vez que acontecia á los reyes tener necesidad del brazo ó del dinero de los señores, debian prodigarles privilegios con detrimento de la corona, y una concesion traia inmediatamente en pos otra más grande. En las Capitulares emanadas de los sucesores de Carlomagno se conoce que el poder real decae: no derivándose ya del emperador solamente, habiendo divergencia en su objeto, son amenudo preguntas y consejos, actos de los obispos ó del papa, convenios en las frecuentísimas querellas entre principes con los señores. En lugar de estenderse á todo el pueblo se limitan amenudo á los intereses particulares, á reparar agravios, espresándose con esa vacilacion que inspira la incertidumbre de la obediencia. Ya por el edicto de Mersen habia dado Carlos el Calvo garantia á los señores sobre la inamovilidad de sus funciones públicas, y obligado á todo hombre libre á ponerse bajo el patrocinio de

(11) *Quid mihi ranunculi isti? Septem vel octo, vel certe novem de illis hasta mea perforatos et nescio quid murmurantes, huc illicque portare solebam.* Monje de San Galo, II, 20.

un señor, apagando así lo poco que quedaba de la libertad germánica y constituyendo una nobleza dominante. Algun tiempo después pareció realzarse de nuevo la autoridad real, cuando el mismo monarca, proveyendo por el edicto de Pistes (864) á todos los ramos de la administracion, se espresó como rey, mandó que fueran demolidos todos los castillos levantados sin consentimiento del soberano; pero no fué escuchado; y le vemos en la Capitular de Tusy (865) esforzarse por impedir las reuniones sediciosas, castigar los delitos políticos y llamar á los ciudadanos á defender la paz pública. Sin embargo, en vez de recurrir á medios eficaces para asegurarse su asistencia, se limitó á exigir de los hombres libres y de los centenarios juramentos sobre las reliquias, que fueron prestados por todos y enseguida violados, al mismo tiempo que quedaban sin efecto las órdenes que daba para la abolicion de los peages nuevos y de los servicios demasiado onerosos.

Capitular de Quiercy, 877.—Cuando quiso enseguida llevar á Italia á los señores poco dispuestos á emprender una expedicion lejana y sin provecho, mientras que los normandos estaban á las puertas, Carlos les quietó sacrificándoles los más bellos privilegios de su reino. Así, no contento con asegurar de nuevo á sus vasallos su categoria y sus funciones, les permitió transmitir las á sus hijos y hasta á sus deudos. Además á todos los hijos de los condes que le siguieran á Italia aseguró la sucesion de la dignidad paterna. Tambien entonces declaró por sí y sus sucesores que los fieles podrian resistir al rey y á mano armada cuando les mandara una cosa injusta. Desde este momento los magnates se hacen propietarios y señores tanto de sus dignidades como de sus feudos, y el sistema feudal se afianza sobre las ruinas del poder real.

Ya en lo sucesivo fueron subiendo de punto las usurpaciones, y algunos señores sacudieron toda dependencia. Boso transmitió á su hijo la Borgoña del lado acá del Jura; la que está situada entre el Jura y los Alpes Apeninos fué hecha independiente por el conde Rodulfo Güelfo, que se ciñó la corona en San Mauricio del Valés. Proclamóse libre la Navarra bajo Fortun, hijo de Garcia Gimenez que habia dado principio á esta revolucion. Los demás señores empleaban su brazo en la defensa del pais, y luego se servian de las mismas armas que habian esgrimido en contra del enemigo para emanciparse de toda obediencia: de esta suerte se granjeaban el afecto del pueblo, que encontraba en ellos con satisfaccion el vigor que habian perdido los Carlovíngios degenerados. Hallaban los sarracenos para oponerse á ellos, sin contar los dos nuevos reinos de la Provenza, el Rosellon emancipado por Gerardo, célebre en los libros de caballeria, el obispado de Grenoble y el vizcondado de Marsella. Habia recuperado su antiguo lustre la familia de Guaifero en la Gascuña; en la Aquitania las casas de Gotia, de Poitiers y de Tolosa; Rainero, primer conde de Mons y

del Hainaut, disputa la Lorena á los alemanes, y deja su nombre en el romance del *Renard (Zorro)* como tipo de la astucia que aventaja á la fuerza brutal: los condes, ó como se les llamaba entonces, los *forasteros* de Flandes y los del Vermandés

combatian contra los belgas y tambien contra los alemanes.

Pero las batallas más terribles tienen lugar contra los normandos, cuyas empresas y las de los sarracenos vamos á referir sucesivamente.

CAPITULO III

INVASIONES DE LOS SARRACENOS